

# **Argentina: Acción sindical y estrategia socialista**

Julio Godio

## **1. El inicio de la resistencia**

Tres años han transcurrido desde el golpe militar triunfante en Argentina. Pero, todavía, muchos militantes se negaban a reconocer un hecho fundamental de la política en nuestro país; esto es, que la mayoría de los sindicalistas tradicionales argentinos combinan siempre dos aspectos en su estrategia con los patronos y el Estado: la **negociación** y el **enfrentamiento**, con el objeto de presionar por mejores condiciones de vida y trabajo para los obreros y por el reconocimiento de los sindicatos como "factor de poder". Esta estrategia sindical se vincula con la actividad política a través, fundamentalmente, de la pertenencia de la mayoría de esos líderes con el movimiento peronista. Pero también operan políticamente volcando el peso del movimiento sindical en favor de alternativas políticas no de exclusividad peronistas. Ambos aspectos políticos de la actividad sindical argentina se han manifestado en el paro general obrero del 27 de abril de este año. Así, como los hechos son más tozudos que la teoría simplista que reduce todo dirigente sindical solo a un "burócrata", el paro general impulsado por la Comisión de los 25 ha demostrado una vez más que el esquematismo en política es siempre causa de errores izquierdistas, como ocurrió entre 1973 y 1976.

Las causas sociales de la protesta obrera el 25 de abril son claras:

**En primer lugar**, contra la política económica del Ministro Martínez de Hoz: en cuatro años el salario obrero cayó en un 52%. A fines de 1978 los obreros y empleados argentinos - en un país rico en recursos naturales y con un desarrollo agroindustrial elevado - consumía la mitad de productos que en 1960. Y ese dato afecta a 6'000.000 de trabajadores (que con sus familias más los jubilados ascienden a 20'000.000 en un país de 27'000.000 de habitantes), sobre 9'000.000 de personas económicamente activas.

En 1974 la capacidad de consumo era de 20% más que en 1960, pero durante 1976 el salario desciende en un 25%, en 1977 en 15% y en un 11% en 1978. Este es el resultado "inmediato" de la política económica de la dictadura militar<sup>1</sup>.

Claro, la contracción de ingresos en el sector salarios tiene como contrapartida un traslado de ingresos hacia la oligarquía, la gran burguesía financiera y las

---

<sup>1</sup> "Argentina Crítica", órgano de la UPAV, Caracas, 1979, pág. 1.

compañías trasnacionales, que entre 1976 y 1978 se han apropiado por esta vía de un plus calculado entre 6.500 y 8.000 millones de dólares.

Contra esta política económica reaccionaría se levantó la clase obrera, encabezada por la Comisión de los 25, compuesta por peronistas e independientes que se niegan a ser parte integrante de los proyectos de la Junta Militar (lo que no excluye que muchos de ellos participen de la estrategia de presionar "desde dentro" a la Junta, apoyándose en una u otra corriente militar). No apoyó el paro la Comisión Nacional del Trabajo o CNT, más proclive a un entendimiento con la dictadura. Ha sido por eso un paro difícil, con un movimiento obrero dividido y contra una dictadura militar terrorista, que ha asesinado, torturado o encarcelado a decenas de miles de argentinos, y que lo sigue haciendo.

**En segundo lugar**, el paro ha sido contra el intento de la Junta Militar de imponer una nueva Ley de Asociaciones Profesionales que busca debilitar el movimiento sindical, al impedir la existencia de la CGT y las federaciones nacionales por rama de industrias (que sólo podrán organizarse horizontalmente por regiones). Prohíbe taxativamente a los trabajadores organizados sindicalmente actuar en política por medio de sus sindicatos. Se elimina el foro sindical. Y, se saca (a través de una Ley complementaria) del control de los sindicatos las obras sociales en beneficio de la medicina y la hotelería privada<sup>2</sup>. Contra este intento se levantó la clase obrera argentina, con una larga tradición de lucha de casi cien años, con fuertes sindicatos únicos de afiliación masiva por rama industrial y de servicios. En el paro del 27 de abril participó aproximadamente un 30% de los trabajadores argentinos, unos 2'000.000 de obreros y empleados; cifra elocuente si consideramos que la mayoría de los sindicatos **están intervenidos militarmente**. El paro se desarrolló geográficamente en el Gran Buenos Aires, donde se concentra el 70% de la industria y en las empresas de transporte, sobre todo en los ferrocarriles. En Córdoba y Rosario, ciudades tradicionalmente combativas, pero bastante afectadas por la represión, hubo asambleas masivas y paros parciales en los sectores automotriz, siderúrgicos y transporte.

Ha sido un paro histórico, porque es la primera manifestación masiva de resistencia a la dictadura militar, que da inicio a una nueva fase de reorganización del pueblo, bajo la iniciativa combativa de la clase obrera. Todavía se **está lejos** de una contraofensiva popular, pero este paro marca **el inicio** de una resistencia activa contra la dictadura.

Esta huelga coloca en un plano superior las 1.300 huelgas y conflictos obreros que recorrieron al país durante 1978, las grandes huelgas ferroviarias de 1978 y 1979 y decenas de huelgas y paros que se han producido durante este año. Pero, para comprender correctamente de qué modo incidirán en la sociedad argentina, es necesario referirnos a la situación global del país.

---

<sup>2</sup> "La Razón", 13 de junio de 1979, pág. 8.

## 2. Naturaleza de la dictadura militar

Con el golpe militar del 23 de marzo de 1976 se ha abierto en Argentina una etapa histórica nueva. El levantamiento militar se caracteriza por: 1) impedir que la crisis político-social pueda desembocar en una situación revolucionaria de masas, generada por la creciente presión obrera sobre un gobierno que concedía a la "oligarquía", pero al mismo tiempo pretendía mantener apoyo obrero, 2) suprimir por vía de genocidio a la fuerte izquierda argentina, 3) adecuar globalmente la sociedad argentina al "Nuevo Orden Internacional" que se trata de imponer desde los centros de poder imperialistas, cuya cabeza visible es la Comisión Trilateral. Para Argentina ese "reacomodamiento" global implica en el plano económico una economía abierta de base agrícola-ganadera, una férrea dictadura militar, y una cultura irracionalista, elitista, clerical y fascista. Al mismo tiempo se busca ubicar geopolíticamente al país de "reserva estratégica" junto con Chile, Uruguay y Brasil contra el ascenso revolucionario en África.

La esencia del plan económico puede formularse así: redimensionar la economía reforzando el carácter latifundista del sector agrícola-ganadero, restringiendo el área industrial a empresas multinacionales de alta concentración de capital y tecnología, eliminar para ello a la burguesía nacional industrial competitiva con las multinacionales, contraer el mercado interior para aumentar los saldos exportables tradicionales y lograr con ello un mayor ritmo de acumulación de capital en una "economía abierta de escala", según el modelo de Milton Friedman. El sector de capitalismo de Estado pasa a ser "subsidiario" de la economía privada<sup>3</sup>.

El Ministro Martínez de Hoz ha señalado que el plan debe ser aplicado "gradualmente", pues la "economía argentina no soporta tratamientos de **shock**". Se refería con ello a ciertas críticas provenientes del propio Friedman<sup>4</sup>. Obviamente, lo que Martínez de Hoz quiere decir es que no puede enfrentarse **simultáneamente** a todo un pueblo, cosa que no preocupa mayormente a Friedman, un poco ignorante en cuestiones políticas. Pero, esto no significa que ese "gradualismo" sea suave. Todo lo contrario, es, para decirlo con una frase de Martínez de Hoz, un "gradualismo agresivo". Efectivamente, como hemos visto, el salario actual ha quedado en un 52% por debajo de 1975, el producto bruto descendió en un 4.1% en relación con 1977, el ingreso por habitante era, el 1 de enero de 1979, un 4.1% más bajo que el del 1 de enero de 1974 y la actividad industrial ha sido durante 1978 un 9% más baja que en 1975. Al mismo tiempo continúa la inflación, fuente de pauperización no sólo de los obreros sino de importantes capas de burguesía pequeña y media: los precios al consumidor han aumentado en un 156% en 1976, en un 160% en 1977 y en un 170% en 1978. Se

<sup>3</sup> José Alfredo Martínez de Hoz. Mensaje del 2 de junio de 1976, en "La Nación", Buenos Aires, 3 de junio de 1976.

<sup>4</sup> Carlos Villar Araújo: Crisis del capitalismo dependiente: el caso argentino, en Revista "Vencer", Panamá, No. 1, 1979.

mantienen las altísimas tasas de interés, que en diciembre de 1978 llegaron a 371% anual. Como es lógico han aumentado las quiebras de empresas medianas y pequeñas, que fueron en 1978 ciento veinte veces más que en 1976<sup>5</sup>.

El país se ha convertido en un verdadero "paraíso de la usura", al tiempo que se degrada el aparato productivo. Como señala irónicamente el economista Araujo:

"En Buenos Aires se consumen dulces norteamericanos y zumos de frutas brasileñas, mientras las correspondientes industrias locales se presentan en convocatoria de acreedores porque no pueden competir con importaciones subsidiadas por la artificial revaluación cambiaria"<sup>6</sup>.

Incluso la oligarquía que fue atraída por la zanahoria de una economía abierta sin gravámenes a las exportaciones, ahora ve cómo la política de contracción de la emisión ha generado en 1978 una revaluación del peso en más de un 50% en relación con el dólar. Esto dificulta las exportaciones agrícolas y lleva a la propia Sociedad Rural a exigir una "devaluación progresiva"<sup>7</sup>. Es evidente que el plan Martínez de Hoz "marcha". Si se entiende por "marchar" aplicar una política económica fusilando a los que están en contra. Pero, en realidad, esta política económica está generando nuevamente, como ha ocurrido en otras épocas, una creciente oposición popular junto con divergencias muy fuertes en fracciones de la burguesía industrial y entre los productores rurales.

La política económica de Martínez de Hoz sirve, estratégicamente, al bloque oligárquico-imperialista. En este sentido tiene el apoyo de las compañías transnacionales y la oligarquía terrateniente y el capital financiero. Pero, es una estrategia sin posibilidades de consenso popular. Como ha ocurrido con la dictadura militar brasileña, esta nueva dictadura militar terminará "como al principio", sin un partido hegemónico en la sociedad, sin instituciones socio-políticas de hegemonía cultural. Porque su política sólo logra que el pueblo acumule odios y divide a la propia burguesía. Ocurrirá como en Brasil, que la inmensa Argentina, país de obreros, de chacareros, de cientos de miles de pequeños empresarios, de sacerdotes progresistas, de estudiantes combativos y de muchos militares que comienzan a "hacerse la autocrítica", terminará por "tragarse" a la dictadura, que creyó que todo se resolvía con la ecuación: "guerra preventiva más Martínez de Hoz".

El hecho es que esta política económica de reforzamiento de la dependencia y el atraso, no tiene futuro. Lo reconoce el propio plan elaborado por el núcleo que rodea al presidente Videla, titulado **Bases políticas para la Reorganización**

---

<sup>5</sup> Carlos Villar Araujo, artículo citado.

<sup>6</sup> Carlos Villar Araujo, artículo citado.

<sup>7</sup> "Al margen de la Semana", en "La Nación", Buenos Aires, 2 de julio de 1979.

**Nacional**, cuyas ideas se concentran en 43 cartillas. Las ideas centrales de este plan son<sup>8</sup>:

**Primero:** Implantación dentro de 6 años de una "democracia vigilada" dirigida por una "élite selecta". Dice:

"Lo que ha caracterizado a la democracia de masas cuyo imperio ha experimentado el país en las últimas décadas, es pretender desconocer esta estructura natural de la sociedad política (se refiere al rol de la 'élite dirigente', J.G.), suponiendo que ampliar la participación exigiría suprimir la selección en el acceso a las funciones públicas, y la víctima ha sido, al fin de cuentas, la unidad y la continuidad del Estado".

**Segundo:** Para impedir el retorno a la "democracia de masas" el videlismo pretende formar, atrayendo a los conservadores, radicales y peronistas de derecha y de otras fuerzas, un partido favorable a la dictadura:

"Debe lograrse un partido favorable al gobierno militar o un movimiento de opinión nacional identificado con el ideario del Proyecto de Reorganización Nacional en condiciones de dominar desde adentro el sistema de partidos".

**Tercero:** Cayendo en la más banal consideración inmediateista, las bases se olvidan del proyecto estratégico para pasar a defender la política de terror de la Junta Militar:

"Las presiones con motivo de la presunta violación de los derechos humanos pueden derivar en la adopción de medidas de coacción político-económica por parte de organismos internacionales, países con gobiernos socialdemócratas o socialistas, países liderados por los E.E.U.U., por el Vaticano, etc. Estas presiones pueden crear servidumbre para encaminar la rápida recuperación nacional, lo cual impone adoptar medidas coherentes y trascendentes que limiten la profundización de la campaña desarrollada a la fecha".

Para implementar este plan, el equipo videlista propone crear un supuesto "Movimiento de Unión Nacional", la primera etapa hacia la nueva organización política, pero la línea de Videla tiene oposición dentro del régimen militar. Es posible ubicar una corriente aún más a la derecha de Videla, encabezada por el general retirado Ibérico Saint Jean, gobernador de la provincia de Buenos Aires, quien propone en un trabajo titulado **Un Nuevo Ciclo Histórico Argentino. Del Proceso de Reorganización Nacional a la Tercera República. Lineamientos para una Estrategia Nacional**, que las F.F.A.A. se mantengan diez años en el poder y creen durante ese lapso un partido único de tipo fascista, denominado "Concentración Nacional para la Nueva República"<sup>9</sup>. Y, a la "izquierda" de Videla,

---

<sup>8</sup> "Clarín", Buenos Aires, 28 de octubre de 1978.

<sup>9</sup> "Clarín", Buenos Aires, 27 de octubre de 1978.

y hasta ahora también "dentro del proceso", se ubica el Almirante retirado, Emilio Massera, ex-comandante en Jefe de la Armada, que quiere crear un supuesto "partido Socialdemócrata". Y, pretende ser la oposición "desarrollista-populista" al régimen, tratando de buscar aliados en el peronismo, pero contando fielmente sólo con algunos personajes de poca importancia, pero si con el apoyo "astuto" de muchos sindicalistas que buscan empujarlo contra Videla.

Pero, más allá de estos "proyectos", la Junta sólo gobierna sobre la base de la **represión y la desorientación ideológico-políticas que en las masas populares ha generado, mas que el golpe, el fracaso del gobierno peronista entre 1973-76.**

### **3. El gran "malentendido" de 1973**

El "malentendido" fundamental de la izquierda argentina, peronista o marxista, consistió esencialmente en no entender que el ascenso de masas antidictatorial entre 1969 y 1972 fue canalizado por dos fuerzas nacional-democráticas reformistas: el peronismo y el radicalismo. La izquierda - ya sea por su propio origen peronista o por su infantilismo "izquierdista" - no pudo comprender que a partir de 1973, con el triunfo electoral del peronismo, debía modificar sustancialmente su táctica y pasar de una táctica de ofensiva frontal, válida durante la dictadura militar (1966-1973) cuando contaba con la simpatía popular, a una táctica de profundización del proceso democrático y de alternativa superadora del proyecto de Perón, buscando atraer a las masas hacia esta nueva alternativa. Es que, en 1973, la izquierda radicalizada era absoluta minoría.

Esto incluía una alta dosis de sangre fría, porque el plan golpista estaba en marcha; los asesinatos de militantes de izquierda continuaban; pero era la única táctica para no quedar aislados de las masas, especialmente peronistas. No se trataba de conciliar con el gobierno peronista, pero si de evitar a cualquier precio enfrentarse aisladamente con él, evitar siempre colocar como enemigo principal al gobierno (aunque dentro de él creciese la **maffia** López-reguista) porque la mayoría de la clase obrera estaba con Perón y con el peronismo oficial.

Desde ángulos distintos, desde dentro del peronismo o desde afuera, la nueva izquierda argentina, surgida desde 1969 con el "cordobazo", cometió el grave error de enfrentar al mismo tiempo al gobierno y a la oligarquía. Esto se manifestó a través de formas concretas: el ERP, por ejemplo, continúa sus operaciones militares contra las F.F.A.A., lo que facilita las maniobras de la oficialidad derechista entre la tropa y cuerpos de mando; y la izquierda peronista embarcándose en una lucha sorda e incomprensible para las masas con el propio Perón.

Pero, en la base de estos errores trágicos, que llevaron a la izquierda argentina a practicar un militarismo delirante y caer prácticamente en el terrorismo foquista (aunque desde "Montoneros" se hicieron esfuerzos fútiles para evitarlo) está la

incomprensión de "cómo" la clase obrera argentina había vivido los años 1969-1973. La nueva izquierda argentina - compuesta por miles de jóvenes de origen estudiantil, obrero, campesino y villero - nació como **expresión generacional** dentro de un proceso de izquierdización masiva de los trabajadores y el pueblo argentino, que abarcó no sólo al peronismo, sino también al radicalismo, al socialcristianismo, al movimiento estudiantil y las propias F.F.A.A.

Un rasgo de este proceso, producto de la defección de la antigua dirigencia sindical y los partidos tradicionales ante la dictadura militar, fue el creciente protagonismo de las masas, que durante los años 1969-1972 van gestando nuevas direcciones por fábrica, oficina, región rural, facultades universitarias, escuelas secundarias, etc. Y, luchando simultáneamente por democratizar las instituciones existentes (comisiones internas de fábricas, cuerpos de delegados, comisiones directivas de los sindicatos) o creando nuevas organizaciones (como las Ligas Agrarias en el norte y noroeste del país) en oposición a las organizaciones existentes. No fue la guerrilla urbana el eje de la resistencia popular; fue sólo un "complemento" a la forma de lucha más desarrollada; esto es, la **manifestación combativa y la ocupación de áreas urbanas y las marchas rurales**, que demostraban la sabiduría del pueblo, porque le permitía, evitando el enfrentamiento abierto a las F.F.A.A., penetrar en las zonas más vulnerables del aparato estatal. Las masas populares - fundidas en la lucha antidictatorial - buscaban dislocar el sistema de represión, conquistar "zonas de libertad" y, a través de su accionar, atraer a una parte de las F.F.A.A., para obligar a la dictadura a retirarse y **convocar a elecciones libres**. Esto, junto a la exigencia de cambios profundos en la sociedad argentina, antioligárquicos, antiimperialistas y por la **democracia política**, como condición para conquistar la democracia en lo social, y económico. La crisis económica crónica fue la matriz que impidió a la dictadura militar reaccionar. La resistencia obrera, el símbolo para un pueblo que quería la democracia para organizarse mejor y erradicar las causas estructurales de esa crisis que generaba dependencia y miseria.

El "lanussismo" - la última variante del gobierno militar - intentó frenar este proceso de levantamientos urbanos y huelgas, convocando en 1973 a elecciones condicionadas, pues Perón fue proscrito. Pretendía así el General Lanusse echar agua al incendio que ellos mismos habían provocado con el golpe de estado de 1966, que desalojó al radicalismo del gobierno, pero ya era tarde. Porque durante los años 1969-1972 la radicalización popular implicaba grados de conciencia más elevados que los programas de los partidos tradicionales: el pueblo quería, más allá de banderas políticas, cambios profundos.

La temática de la "democracia de base" pasó a ser reflexión popular en el seno del pueblo. Donde con mayor profundidad política se plantea el tema es en la industria cordobesa, especialmente la automotriz. Un nuevo estilo de discusión y toma de decisiones a través de los cuerpos de delegados, comisión interna y comisión directiva del sindicato, se fue generalizando, primero en Córdoba, luego en otras zonas del país (especialmente en la región siderúrgica del sur de la

provincia de Santa Fe y norte de la de Buenos Aires) y también en fábricas de la capital federal y el Gran Buenos Aires. Tanto el clasismo, "el sindicalismo de liberación", como el peronismo combativo lograron así conquistar posiciones y la burocracia sindical tradicional se vio, aunque todavía con el control de la mayoría de los sindicatos nacionales, ante una peligrosa mutación de las reglas del juego. Es que el autoritarismo burocrático-sindical era ahora cuestionado desde las mismas instituciones obreras, con ideas socialistas.

Dos instituciones obreras fueron dotadas de nuevos contenidos: la comisión interna y el cuerpo de delegados, que ahora dejan de ser apéndices de las comisiones directivas de los sindicatos para convertirse en eslabón entre la asamblea obrera y las comisiones directivas. Este fenómeno era todavía incipiente; se desarrolló lamentablemente después del intento de construir una CGT combativa (la CGT de los argentinos en 1968), pero bastó para indicar que en la clase obrera, especialmente sus fracciones más cultas, mejor pagas, más jóvenes, comenzaba un proceso de implantación de ideologías socialistas. La cuestión de la democracia sindical se convirtió en la palanca fundamental que podía posibilitar que **ahora** se correspondiesen la histórica combatividad y nivel de organización de la clase obrera con niveles de conciencia de clase socialistas. Por primera vez, desde 1945, el socialismo parece intentar implantarse con éxito como ideología explicativa de la realidad y modelo de nueva sociedad. En Córdoba, entre 1970 y 1973, y era ya "normal" que multitudinarias asambleas obreras (a veces con 10.000 presentes), en la industria automotriz, girasen alrededor de la relación entre luchas por reivindicaciones, por la democracia y por el socialismo.

Sin embargo, este fenómeno presentaba una peculiaridad original: **excepto núcleos muy avanzados dentro de la clase, gran parte de los trabajadores tendían a identificar la implantación de una sociedad socialista como culminación histórica del movimiento peronista, con Perón a la cabeza.**

Por eso, cuando se dice que la pequeña burguesía radicalizada que ingresó masivamente al peronismo entre 1971-1972, fue responsable de haber sembrado la ilusión de un "Perón Socialista", se afirma algo sólo parcialmente verdadero. Es cierto que la exaltación de base pequeño burguesa por Perón asumió rasgos infantistas. Pero esa exaltación era al mismo tiempo un producto mistificado de lo que sucedía en la clase obrera, que al tiempo que procesaba hacia el socialismo, destacaba los componentes ideológicos de izquierda que Perón integró, subordinadamente, en su proyecto nacionalista reformista.

Por eso mismo el proceso en su conjunto, vivido a través de formas particulares en la clase obrera y el estudiantado, era esencialmente positivo; era el único proceso real que creaba las condiciones para la formación de un auténtico movimiento socialista con base obrera en Argentina. El proletariado "acentuaba" el lado anticapitalista de la doctrina de Perón sin romper con Perón. La pequeña burguesía, directamente convertía a Perón en socialista, fuente de futuras



desilusiones. Pero, en su unidad diferenciada, era un único proceso, parte integrante de lo que será el FREJULI.

Importantes fracciones de clase obrera pensaban en términos de clase cada vez más como socialistas, pero en tanto clase integrada en el frente del pueblo como peronista. Luego, el primer dato para captar correctamente la relación de fuerzas en 1973, era comprender que para que el proletariado superase a Perón, debía **pasar por la etapa de intentar superar la "oligarquía" con Perón y no contra Perón**. No comprender esto - que exigía mucha sangre fría - y en cambio llamar a lucha en 1973 contra el "Perón burgués", fue el principal error del PRT-ERP, puesto que inmediatamente se aisló de la clase obrera. Y, ¿podía el peronismo revolucionario, particularmente los Montoneros, ser capaz de "hacer abstracción" de su peculiar situación como ala de izquierda del movimiento policlasista y comprender exactamente ese estado de ánimo y ese grado de conciencia concreto de la clase obrera? Esta pregunta interesa contestar ahora.

El peronismo revolucionario, catapultado antes del triunfo electoral del FREJULI a posiciones importantes dentro del propio peronismo, fue colocado después del retorno de Perón a la presidencia, ante la disyuntiva de capitular o buscar un camino para continuar la lucha en la nueva situación. Con Perón presidente trató de eludir una batalla frontal con el jefe carismático, pero le fue imposible, porque **era parte de un movimiento policlasista** que se descomponía ante su imposibilidad de superar la crisis, económico-social, lo que agudizaba la lucha interna por el control del movimiento y el gobierno. **O dicho en otros términos**, los Montoneros sólo podían haber considerado al peronismo como el "aliado nacionalista reformista" si ellos mismos no hubieran sido peronistas. Pero, obviamente, tal "modelo" de alianzas no se podía dar en Argentina en 1973-1976.

Esa "realidad obrera" fue, por eso mismo, la causa última que a través de intermediaciones ideológicas, generó el desgarramiento psicológico de decenas de miles de jóvenes "jotape" que ingresaron al peronismo creyendo que Perón era "socialista" y terminaron desesperados ante la realidad de un líder nacionalista, envejecido, a quien peronistas de derecha y el círculo López Rega, empujaba a la lucha contra la "tendencia", es decir, contra los Montoneros y sus organizaciones de masas. Mientras tanto, la clase obrera concentra durante 1973-75 sus esfuerzos en garantizar sus posiciones dentro de las fábricas, por medio del respeto patronal a sus comisiones internas; contra los despidos arbitrarios, por mejores condiciones de trabajo y, en algunas empresas del Estado (Luz y Fuerza, Agua y Energía) se impulsa la gestión.

Recién, en julio 1975, cuando la inflación es galopante, se movilizará contra Rodrigo, Ministro de Economía del gobierno de Isabel, por mayores salarios. Es que la clase obrera se mostraba temerosa de acelerar con movilizaciones la crisis del peronismo y contribuir involuntariamente a un retorno "oligárquico".

El hecho de que la clase obrera no se movilizase masivamente por reivindicaciones económicas, durante el gobierno de Perón, respondía también a mejoras salariales logradas durante el gobierno de Cámpora (mayo-julio de 1973), mientras que el deterioro se procesa centralmente en la pequeña burguesía urbana. Lógicamente, la "expectativa" obrera, al tiempo que desmejoraba la condición de vida de la pequeña burguesía, facilitaba que la oligarquía introdujese una cuña entre obreros y pequeños burgueses, debilitando aún más la precaria convergencia de clases que se expresaba en la convivencia peronista-radical, que Perón y Balbin trataban de fomentar.

Si bien la clase obrera argentina había iniciado entre 1970-1972 un proceso de avance en la conciencia de clases **éste se desarrolla principalmente dentro del peronismo**, por lo tanto era inevitable que cualquier alternativa socialista debiese también procesar **paralelamente a la crisis** del peronismo, pero su éxito dependía de que esa crisis peronista se manifestase como parte de una lucha clara **contra el enemigo principal, esto es, el bloque social dominante, desalojado del gobierno, pero con fuertes posiciones en el Estado**. El proceso fue justamente a la inversa, dado que la crisis del peronismo apareció frente al pueblo como el "caos" y no como impotencia del proyecto de Perón para liquidar como clase al bloque social dominante. Y, **esto era inevitable, dada la hegemonía ideológica del proyecto de Perón en las masas trabajadoras y el "izquierdismo" predominante en la mayoría de la izquierda Argentina**. Es que, si bien tanto en algunas fábricas, en las Ligas Agrarias y en el movimiento estudiantil, las corrientes revolucionarias habrían logrado dar importantes pasos, faltaba mucho para decidir un cambio en la correlación de fuerzas en la sociedad argentina. Por último, si bien en las F.F.A.A. había surgido una corriente "peruanista", esta era minoritaria, frente a una oficialidad que en su mayoría seguía disciplinadamente el repliegue táctico de la cúpula reaccionaria.

Lo original de la situación, sin embargo, no se limitaba a ese gobierno nacionalista reformista que forcejeaba entre la revolución y la contrarrevolución. **Lo original era aún más complejo en sus determinaciones y puede sintetizarse así: crisis de hegemonía del bloque social dominante; hegemonía de los partidos nacional-reformistas sobre las masas sin que esas masas, especialmente la clase obrera, se "adaptasen" a la política del FREJULI tanto por la persistencia de la crisis económica como por el grado de conciencia política adquirida, sumado a la experiencia del pueblo argentino sobre el carácter reaccionario de la cúpula de las F.F.A.A.** Esta situación empujaba a un desenlace, entre llevar adelante la revolución de liberación nacional y social o prever un contragolpe derechista: esto último "lo intuía" la clase obrera, más aún con los sucesos contrarrevolucionarios en Uruguay, Bolivia y Chile. Pero la "intuición" es sólo un buen punto de partida y faltaba mucho para que se transformase en voluntad revolucionaria, en la plasmación de un bloque nacional-popular hegemonizado por la clase obrera.

En síntesis: la izquierda peronista y no peronista, sin capitular frente al gobierno, debió haberse trazado una línea audaz de **acumular fuerzas en los marcos del régimen constitucional**; profundizando en la democracia, movilizándolo al pueblo por sus reivindicaciones y fortaleciendo sus organizaciones. Era el único camino que hubiera posibilitado una polarización de fuerzas correctas y eventualmente enfrentar al golpe militar con las masas.

La muerte de Perón, el 1 de julio de 1974, aceleró la crisis del gobierno peronista, facilitando que avanzaran sobre el gobierno las alas López-reguistas y vanderistas. El gobierno de Isabel pasó a avalar abiertamente la represión contra la izquierda revolucionaria, planificada en el Pentágono y aplicada centralmente por la F.F.A.A. argentinas con la colaboración de las bandas López-reguistas. El plan del Ministro de Economía, Gelbard, que contenía ideas antioligárquicas y de control sobre el capital extranjero, fue desechado y el propio Gelbard debió renunciar.

#### **4. El peronismo o la historia de la "conciencia desdichada"**

En Hegel, la tragedia del hombre es tragedia individual, puesto que la historia siempre avanza como conjunto social; la forma de realización del Espíritu Absoluto. Los hombres hacen la historia del Espíritu Absoluto, creyendo que **es su propia historia**. Por eso, en Hegel, la "conciencia desdichada" no es otra cosa que el conflicto de quien para seguir desarrollando al Espíritu Absoluto debe ir desgarrándose a sí mismo; sin poder ser consciente de la causa real que origina tal desgarramiento. Y, esto, forzando a Hegel, es lo que sucede al peronismo en Argentina.

El peronismo nació en 1945 como "voluntad nacional", como movimiento nacionalista policlasista frente al imperialismo y a la oligarquía. El proyecto de Perón fue siempre nacional-reformista, que el líder intentó aplicar apoyándose en los obreros para forcejear desde posiciones de fuerza contra la oligarquía y los E.E.U.U. De allí su doctrina de "Tercera Posición", que él extendía al plano internacional, colocando al país como integrante de lo que hoy se denomina Tercer Mundo. Para implementar ese proyecto en un país con una clase obrera cuantitativa y cualitativamente poderosa, tuvo que hacer muchas concesiones teóricas y prácticas a postulados del socialismo. Así, el peronismo ha vivido como "conciencia desdichada" el siguiente hecho: su proyecto oficial es el nacionalismo-reformista, pero su base social obrera es un intersticio por el cual penetran distintas manifestaciones y socialistas, expresión de una época de paso del capitalismo al socialismo. En este aspecto, ha sido muy influenciado en los últimos años por la experiencia cubana, la guerra popular vietnamita e ideas del "Che" Guevara. Estas experiencias e ideas fueron en Argentina "el puente" para que muchos obreros comenzasen a vivir como suyo entre 1970-1972 un proyecto de socialismo auténticamente nacional. Y Perón tuvo que hacer concesiones a esta realidad obrera agravada por la radicalización de la juventud peronista.

Pero, esto no significa que los obreros peronistas han vivido el fracaso del gobierno peronista entre 1973-1976 "esquemáticamente", como "imposibilidad del peronismo para hacer el socialismo". Nunca llegaron como clase a plantearse realizar el socialismo en Argentina. Marcharon entre 1969-1973 en la dirección de romper orgánicamente con el sindicalismo comprometido con la dictadura y los patronos. Y, enfrentaban al peronismo de derecha, cosa que se vio claro cuando en julio de 1976 se movilizan convocados por la CGT contra el Ministro de economía, peronista, Rodrigo. No han roto con las tradiciones del peronismo y siguen leales a la memoria de Perón. Pero en la clase obrera argentina, el desquiciamiento del peronismo es sí motivo para la reflexión. Muchos obreros comprenden que fue inútil tratar entre 1973-1976 de dar tiempo al gobierno peronista; el combinar siempre la movilización combativa con la cautela - que no tuvo la izquierda -, para no ser ellos la causa principal de una situación de "caos sin alternativa", que era justamente lo que deseaba la derecha para dar el golpe de estado.

Ahora, en las condiciones de represión, la clase argentina tiende a **reorganizarse** y a **atrincherarse** exclusivamente en los sindicatos, pero simultáneamente discuten e intercambian ideas sobre la causa de la derrota. En 1955 los viejos obreros peronistas sólo podían ver la derrota por la "maldad" de la oligarquía y el imperialismo; hoy, en 1979, comienzan a reflexionar sobre la derrota de 1973-1976 con la experiencia política de haber vivido un proceso entre 1969-1979 donde fue la izquierda quien más consecuentemente luchó, con la experiencia también de ver a esa izquierda perder el rumbo entre 1973-1976, pero también observando cómo el gobierno peronista se mostraba, particularmente después de la muerte de Perón, cada vez más proclive a conciliar con los explotadores. Así, sin cuestionar a Perón, la clase obrera en realidad irá cuestionando el modelo de sociedad que Perón intentó fallidamente implantar en 1973, como si nada hubiese ocurrido en el país entre 1955 y su regreso definitivo a Argentina en 1973.

El desarrollo capitalista, impulsado a partir de 1960 por las empresas transnacionales, ha modificado sustancialmente la economía argentina, en la dirección de un capitalismo dependiente, altamente concentrado con eje en la gran industria monopolista y el latifundio. Es imposible por eso que se repita por causas interiores y exteriores la experiencia peronista de 1954-1955, **lo que no quiere decir que la burguesía nacional Argentina** no continúe pugnando contra la oligarquía, contra aquellas empresas extranjeras que afectan sus intereses y con proyectos nacional-reformistas.

Al modelo de sociedad elitista, represivo y decadente de la dictadura argentina; modelo rechazado por la mayoría de un pueblo que no desea volver a repetir la experiencia traumática de 1973-1976, es necesario oponer una alternativa de nueva sociedad socialista.

Esta estrategia de alianza a largo plazo por una Nueva Sociedad, no es una traba para ir estableciendo en distintas fases alianzas con partidos políticos y organizaciones de masas que pugnen por una sociedad democrática y progresista y poder así golpear al enemigo principal en lo económico, político, social y cultural.

La gran tarea en estos años es reconquistar la democracia política. Esto será el producto, lo más posible, de un desgaste creciente de la dictadura. Exigirá en su momento - apoyándose en las luchas populares - establecer un compromiso cívico-militar, que restablezca la democracia y garantice un régimen democrático estable. Esta alternativa, sin embargo, podría ser frustrada si la dictadura lleva las cosas al punto del Somocismo en Nicaragua, lo que hará inevitable una insurrección popular.

Y, si bien, durante el dominio militar es previsible que distintas corrientes que buscan una nueva alternativa de sociedad - principalmente en partidos políticos y sindicatos - mantendrán su integración en las organizaciones existentes; es inevitable que la caída de la dictadura, sea al mismo tiempo el inicio de fracturas en diversas corrientes políticas y sindicales, y creación de un gran **movimiento socialista**, eje de un amplio Frente del Pueblo. Este movimiento socialista para desarrollarse, con una estrategia de modelo autónomo, deberá hacer converger diversas corrientes, y, prestando singular importancia a su ligazón con el **Movimiento Sindical**, la principal condición para implantarse en la clase obrera.

### **5. Por un socialismo para Argentina**

La experiencia del gobierno isabelino ha enseñado a miles de trabajadores que para impedir nuevas frustraciones se necesita una organización política que excluya la confusión, **que planteé objetivos posibles pero claramente escalonados en una estrategia de revolución de liberación nacional y social, camino del socialismo**. Caso contrario, es decir, de no cristalizar esta nueva alternativa, la mayoría de la clase obrera optará por presionar a su dirigencia burocrática, muchos dirigentes sindicales honestos seguirán dentro de los sindicatos controlados por la jerarquía sindical tradicional y el peronismo policlasista, aun sin Perón.

Pero, la clase obrera y decenas de cuadros sindicales y políticos que se forman en la lucha antidictatorial pueden ser portadores de un proyecto socialista. Esto a condición de formar un nuevo centro de dirección que **resuelva correctamente tanto ideológica como orgánicamente, la contradicción y correspondencia entre peronismo y socialismo**. La relación entre peronismo y socialismo sólo puede ser planteada como **superación**, nunca como **ruptura**.

Gran núcleo de la clase obrera comienza a percibir al peronismo como parte del pasado político del país, pero como **pasado positivo**. Por eso plantear la relación

como **ruptura** es equivocado, porque implica romper con tradiciones incorporadas a la conciencia política de las masas, en particular el peronismo vivido por la clase obrera como "subsistema" y como alianza de clases.

Y, ¿entonces?, ¿por qué puede dejar de ser apto el peronismo como dirección política de la clase obrera? En tanto que muchos obreros y cuadros sindicales han "descubierto" durante el gobierno de Isabel Perón el carácter capitulador de su política económica y laboral, porque han percibido que la corrupción presente en el último gobierno peronista, aun cuando infinitamente menor que las conocidas bajo gobiernos militares, es un síntoma de envejecimiento y pérdida de "voluntad histórica" por el peronismo tradicional. Y, porque la semilla de socialismo sembrada en el país durante 1970-1973 no ha sido extirpada y se corporiza en miles de cuadros que viven en la clandestinidad o pueblan las cárceles.

Luego, ¿se trata acaso de enfrentarse con el pasado como si éste haya sido una "equivocación histórica"? Semejante punto de vista se corresponde al pensamiento del pequeño burgués que ayer depositó todas sus ilusiones en el peronismo y hoy, despechado, le acusa de ser el responsable de sus desventuras presentes. La verdad histórica, el pasado positivo que vive en el presente, es un componente de la conciencia de clase. Y, esto significa que miles de obreros reconocerán en el peronismo a su propio pasado; así como el obrero peronista de 1946 reconocía su pasado en el anarquismo, el sindicalismo, el socialismo o el comunismo. **Se trata, por lo tanto, de superar el peronismo desde un eje socialista, explicando claramente a las masas que sólo el socialismo puede efectivizar la independencia económica, la soberanía política y la justicia social.**

Lo nuevo siempre se desarrolla en forma subterránea, es el producto de la comunicación filosófica popular, de la reflexión colectiva de una clase, por acumulación, por ensayos, que culmina cuando la generalización espontánea se "encuentra" con el núcleo de vanguardia que sistematiza esa generalización.

Así ocurrió con el radicalismo argentino, ¿pues quién hubiese imaginado en 1890 que esos jóvenes reunidos en El Frontón podrían, bajo la dirección de Alem, transformarse en dirección política de masas, si entre esas masas la práctica y la reflexión no hubiesen ya organizado una concepción del país liberal populista? ¿o quién hubiese asegurado que en las reuniones selectas, en la Secretaría de Trabajo entre 1943-1944, se gestaría el peronismo, sin que todavía hubiese emergido esa voluntad nacional popular de base social proletaria, pero ya cristalizada con sentimiento, como necesidad histórica? Es que lo nuevo nunca nace sin mirar "más lejos" que el presente.

La clase obrera argentina e importantes fracciones de las capas medias urbanas y rurales muestran hoy un signo de identificación común: su hastío por un tipo de sociedad que se prolonga moribunda, que sobrevive liquidando todo lo progresista acumulado en el país por generaciones, que se reproduce con la

explotación, la represión y la creciente dependencia hacia los E.E.U.U. Esta caducidad histórica del bloque social dominante es la matriz de una experiencia ya hecha por las masas, que ahora están procesando porque fracasó el peronismo, y que acumulan ideas y sentimientos favorables a una nueva concepción del mundo que aplicada al país puede evitar una nueva frustración histórica.

### **Referencias**

- Anónimo, ARGENTINA CRITICA-PRENSA. p1 - Caracas, Órgano de la UPAV. 1979; Mensaje del 2 de junio de 1976.  
Anónimo, CLARIN-PRENSA. Octubre 27 - Buenos Aires. 1978;  
Anónimo, CLARIN-PRENSA. Octubre 28 - Buenos Aires. 1978;  
Anónimo, LA NACION-PRENSA. Julio 02 - Buenos Aires. 1979;  
Anónimo, LA RAZON-PRENSA. Junio 13. p8 - 1979; Crisis del capitalismo dependiente: el caso argentino.  
Martínez de Hoz, José Alfredo, LA NACION-PRENSA. Junio 03 - Buenos Aires. 1976; Al margen de la Semana.  
Villar Araújo, Carlos, REVISTA VENCER. 1 - Panamá. 1979;

# ***Argentina. Enfermedad con pronósticos inciertos***

**Julio Godio**

*La Argentina experimenta una crisis global, que abarca la economía, la sociedad y la política. El Estado ha colapsado y las instituciones representativas se disgregan. Esta crisis sanciona el fin de una época y confusamente se abre una disputa por la formación de una nueva hegemonía política. El país sufre el impacto de dos enfermedades: una antigua, el agotamiento del modelo de industrialización semiautárquico; la otra más reciente, la violenta incorporación neoliberal a la globalización. El gobierno surgido en enero de 2002 es neodesarrollista. La economía ha logrado estabilizarse y la conflictividad social ha disminuido, pero persiste una fuerte crisis política, derivada de la resistencia activa de la sociedad a los partidos tradicionales.*

**L**a Argentina experimenta una «crisis global». Como lo demuestra la historia contemporánea, estas crisis pueden localizarse en un país o abarcar un conjunto de ellos. La cuestión consiste en preguntarse cuándo una crisis es global: cuando una formación económico-social y política se ha agotado y entrado en descomposición. Colapsa no solo el modo de acumula-

ción y distribución, sino también el sistema de representación política y las ideologías. El Estado-nación pierde su capacidad de intervenir en la economía y en la sociedad. Una crisis global sanciona el fin de una época y anuncia, todavía confusamente, el inicio de otra: esto es lo que está ocurriendo en Argentina a partir de los sucesos de 19 y 20 de diciembre de 2001, cuando una



revuelta popular nacional, con epicentro en la Capital Federal, derrumbó al gobierno de la Alianza, presidido por Fernando de la Rúa.

### ***Vías de aproximación a la crisis***

Existen diversas vías de aproximación al fenómeno de la crisis argentina. Así, una es el estudio del régimen de Convertibilidad, que como es conocido funcionó a través de la «valorización financiera rentística del capital» durante 10 años, y desembocó desde 1998 primero en recesión, luego en depresión y por último en la cesación de pagos. Otra vía es el estudio del perfil de la «sociedad política», es decir, del personal dirigente en el Estado y en los gobiernos, a partir de la instauración de la democracia política en 1983. Ese personal político reconstituyó los viejos partidos preexistentes a la dictadura militar (1976-1983), en particular, el peronismo y el radicalismo, pero sobre las bases de la preservación de las viejas culturas populistas y las prácticas clientelares. Eran formaciones políticas –incluido el Frente País Solidario (Frepasso), formado a mediados de los años 90, liderado por Carlos Chacho Alvarez– sin vínculos con el mundo del trabajo (los trabajadores y las empresas), los sindicatos y las organizaciones generadoras de saberes culturales y tecnológicos. Los líderes políticos argentinos se relacionaban con la revolución informática participando en programas de televisión, pero no tenían idea de que lo que na-

cía en el mundo era la sociedad de la información.

También podemos escoger la vía de estudiar el proceso de destrucción masiva y de pérdida de calidad de los empleos, en un país que se articuló en el pasado como una sociedad salarial con movilidad social ascendente, y que desde hace varias décadas experimenta un constante proceso de degradación del mercado de trabajo a través del cuentapropismo, empleos precarios y en negro. Ahora ha desembocado en una sociedad dual, en la que 53% de la población está constituida por pobres con menos de 200 dólares de ingreso familiar, y donde la tasa de desocupación es de 21% de la población económicamente activa (PEA).

Como vemos, podemos aproximarnos al fenómeno de la crisis global argentina desde diversas vías. Pero esas vías serán sólo aproximaciones, si no llegamos a descubrir por qué un país que hace 50 años era original entre los países periféricos por su potencial económico y su mercado de trabajo moderno, es ahora también «original» por su abrupto desplome económico-social. La crisis argentina se parece más a la República de Weimar en Alemania (1919-1933) que a una crisis clásica de países subdesarrollados.

### ***La primera enfermedad***

Permítaseme ir rápidamente al núcleo de la tragedia argentina para poder

explicar lo que caracteriza a la crisis global en este país. En realidad, la crisis es el resultado de la convergencia en un momento histórico (año 2001) de *dos enfermedades que afectan a la economía, la sociedad y la política* desde hace varias décadas. Una es antigua, se remonta a fines de los años 20 del siglo pasado, cuando se agotó el modo de organización de la economía y la sociedad. La Argentina era entonces un gran exportador de alimentos, dominado por latifundistas y no industrializado. Necesitaba hacer un viraje histórico y proceder a una industrialización agroindustrial integrada, que hubiese permitido a la sociedad desplegar su potencial productivo y organizarse según patrones políticos y culturales parecidos a los que predominaron en Canadá o Australia. En cambio, la respuesta a la crisis de los años 30 fue, en primer lugar, la instauración del régimen político conservador excluyente. Luego, espontáneamente, se desarrolla un proceso de industrialización sencilla (a partir de 1935) y de urbanización, pero «de espaldas» al campo. Para dar un ejemplo, la Argentina bien pronto produjo bienes duraderos domésticos, pero nunca se planteó construir molinos de viento, ampliar su infraestructura ferroviaria, etc. De la industrialización nació la «sociedad salarial», pero sin la existencia de mecanismos de negociación entre empresarios y trabajadores. El país marcha entonces en los años 40 hacia un violento conflicto de clases que sólo es frenado por la emergencia de un Es-

tado regulador de los conflictos corporativos: se constituye el peronismo como la fuerza hegemónica en la sociedad y en la política, experiencia estatal que se agota muy pronto, pero que subsistirá como gran tradición nacional-popular.

Pero la primera enfermedad ya estaba instalada: habían nacido la economía semiautárquica y una sociedad tributaria del Estado protector y distribucionista. Nace la Argentina populista y la sociedad argentina se divide en dos: el «país liberal» y el «país católico-peronista». Se instala la cultura de renta. El sueño de realizar en Argentina una «Australia», esto es, una economía de mercado de base agroindustrial, se desvaneció. La democracia política pluralista se tornó inviable. El Estado asumió formas autoritarias para regular los conflictos corporativos. La vieja derecha conservadora excluyente, sin capacidad para construir un partido de masas, concentró sus energías en instalar una y otra vez en el centro de decisiones del Estado a la institución especializada en ejercer la coerción: las Fuerzas Armadas. Comienzan los ciclos de golpes militares. El peronismo es proscrito entre 1955 y 1973. Durante toda esta historia, las viejas izquierdas socialistas y comunistas tenían poco que decir, en tanto el peronismo las había «deglutido» culturalmente al ganar para el justicialismo en 1945 la clase social en la que descansaban los cimientos de la sociedad salarial: los trabajadores.

### ***La segunda enfermedad***

La vieja enfermedad continuó su derrotero histórico, porque astutamente se mostraba ante una sociedad dividida entre peronistas y antiperonistas como un momento de estabilidad y bienestar social, esto es, como el «paraíso perdido». Pero la verdadera historia es la que se estaba escribiendo en los países industrializados desde los años 70: el capitalismo había iniciado una «autorrevolución» con base en las nuevas tecnologías informáticas, haciendo posible el inicio de la segunda ola de mundialización de la economía, conocida como «globalización». El capitalismo venció al comunismo, y redefinió los límites posibles para los países del llamado Tercer Mundo, que ahora deberán autodefinirse con una palabra más modesta: el Sur.

Como era previsible, la autorrevolución del capital supo aprovecharse de pisos civilizatorios progresivos que fueron productos legítimos de la lucha y el compromiso entre el capital y el trabajo en los países europeos y Estados Unidos: la democracia política, los derechos ciudadanos positivos y negativos, las libertades individuales, etc. El impulso histórico de la autorrevolución del capital fue gigantesco, y por eso el neoliberalismo se asentó en bases materiales y culturales sólidas en todo el mundo. Sin embargo, la Argentina continuaba impasible y ajena, mientras una gigantesca mutación histórica se producía a su alrededor.

Esa era la Argentina de los años 80. Resultaba legítimo su orgullo por haber podido –por fin– instalar una democracia política plena. No obstante, y aquí introducimos la cuestión de los partidos, el personal político de esa democracia era «provinciano» y facilista. Cons-truyó una sociedad política ineficiente, rentística (tributaria del presupuesto nacional) y proclive a la corrupción. Por cierto que este tipo de sociedad política es un modelo que podemos encontrar en otros países latinoamericanos. Muchos intelectuales argentinos, luego de transitar con desilusiones inevitables por el marxismo, aportaron sus saberes para dotar de ideas a esos políticos, desde una visión liberal de la democracia.

En algún momento de ese deambular errático por el mundo la Argentina debía llegar a algún puerto: ese puerto se llama «menemismo». Por cierto que Menem hizo su campaña electoral en 1988-1989 reviviendo el pasado idílico. De allí sus consignas populistas de «revolución productiva» y «salariazó». Pero en cuatro años (1991-1994), Argentina pasó de ser una economía cerrada a una economía abierta de libre mercado: se privatizaron las empresas públicas, lo que estimuló la inversión financiera extranjera, se privatizó el sistema de seguridad social y se desarticuló la sociedad salarial con reformas «flexibilizadoras» a la legislación laboral.

La Convertibilidad, que inicialmente fue una herramienta para superar la

hiperinflación, se transformó en la llave maestra del funcionamiento de la economía, acelerando la desarticulación de la estructura industrial y basando la competitividad en el endeudamiento externo, la combinación fatal entre la caída de los salarios reales y el aumento forzado de la productividad del trabajo (dado que no incluyó nuevas cualificaciones de la fuerza laboral). Se terminó de construir una economía frágil (pese al impulso positivo del Mercosur) y una sociedad dual. La depresión condujo en 2001 a un *default*. Así, la nueva enfermedad neoliberal (introducida primero temporalmente durante la última dictadura militar) en los años 90 se instaló sólidamente en la estructura económico-social argentina. De este modo fuimos violentamente incorporados a la globalización, lo que era inevitable, pero sin estar preparados para ello.

El pasado idílico peronista seguía presente. Ahora, paralizadas las fuerzas sindicales peronistas, hijas de la sociedad salarial en descomposición, el pasado idílico sólo podía subsistir si lograba confundirse en los nuevos movimientos sociales: los movimientos piqueteros, de desocupados, inhabilitados para parar la producción pero no la circulación (cortes de ruta); los carcerolazos; y finalmente las asambleas barriales, que descreídas de la democracia representativa apelarán al reclamo de la «democracia directa» y la autogestión. Esos movimientos se desarrollaron impetuosamente a partir

del «argentínazo» de los días 19 y 20 de diciembre de 2001.

Entonces la sociedad movilizada comenzó a percibir que los culpables no eran solo el menemismo y la Alianza, sino que los orígenes de la decadencia se remontaban a décadas anteriores. El populismo, representado en los viejos partidos, también fue sometido a la crítica de una sociedad movilizada: desde diciembre de 2001 ningún político puede salir y caminar por las calles sin recibir insultos espontáneos de la población. La intolerancia popular puede ser el inicio de una reforma moral o intelectual progresista, o ser el inicio del fascismo.

### ***Transición «neodesarrollista» y futuro incierto***

En el contexto de la crisis global, en enero de 2002 se constituye el nuevo gobierno peronista presidido por Eduardo Duhalde. Es un gobierno formado por un compromiso parlamentario entre el Partido Justicialista, la Unión Cívica Radical y los restos del Frepaso. El sector hegemónico en el PJ es el duhaldismo, corriente nacional-populista de tipo desarrollista con base principal en la provincia de Buenos Aires. El nuevo gobierno es «de emergencia», y se compromete a estabilizar el país y convocar a elecciones presidenciales en noviembre de 2003 (luego adelantadas a abril de ese año). Es un contexto en que la sociedad brinda chances a la política tradicional para reformarse o perecer.

No ha sido fácil para el gobierno de Duhalde administrar el país durante 2002. Como era previsible, su administración debía cruzar un desfiladero, desde cuyas colinas lo acosarían simultáneamente las movilizaciones populares que exigían «¡que se vayan todos!, ¡que no quede ninguno!», la reticencia del Fondo Monetario Internacional a auxiliar al país financieramente, y el propio desorden en el interior del Estado y en los partidos políticos. Un gobierno con legitimidad limitada y sin recursos financieros hubiese sido sólo una estación hacia la guerra civil, salvo que existiese algún «contrapoder» que indirectamente lo protegiese: ese contrapoder ha sido, hasta ahora, la sabia decisión popular de preservar a la democracia política.

El balance de 2002 es sumamente interesante. A fines de año la economía, liberada temporalmente del peso de la deuda externa, ha comenzado a mejorar lentamente. Las políticas sociales han atenuado el impacto de la depresión y la devaluación sobre los ingresos. En diciembre, por primera vez en cuatro años, se registra un crecimiento de 1,5% del PIB. La balanza comercial es superavitaria en 17.000 millones de dólares. El dólar se ha mantenido estable en 3,5 pesos durante todo el año. Se han liberado los depósitos bancarios en cuentas corrientes y de ahorro. Comienzan a desbloquearse los depósitos pesificados. Por fin, en enero de 2003 se ha firmado la Carta de Intención con el FMI, que posterga los vencimientos de la deuda por seis meses.

Ahora bien, la limitada recuperación económica es producto de un *mix* entre, por un lado, la capacidad productiva ociosa liberada y la competitividad en el sector externo, generada por la pesificación; y por el otro, la decisión conciente del Gobierno de alcanzar la estabilidad para marchar luego hacia una estrategia económica neodesarrollista. El ministro de Economía, Roberto Lavagna, es un confeso economista heterodoxo. ¿Es posible dar inicio a una estrategia neodesarrollista, al estilo de los Tigres Asiáticos? Sí lo es; los vientos ya no son favorables para el neoliberalismo. Luego del Tequila (1994-1995), la crisis rusa (1997), la del Sudeste Asiático (1999) y la crisis argentina en curso, se ha creado un clima favorable para restablecer la función del Estado como promotor del desarrollo. La decisión del nuevo gobierno brasileño petista de fortalecer institucionalmente al Mercosur es compartida por la sociedad y la mayoría de las organizaciones políticas argentinas.

Pero el problema argentino es que la crisis global ha producido en lo político una «crisis de hegemonía». Esta crisis se manifiesta a través de dos hechos fundamentales. Uno es *la disolución del régimen de representación política*: en enero de 2003, 53% de los ciudadanos habilitados para votar señala que lo hará en blanco, que anulará su voto nulo o que se abstendrá. Si este indicador se mantiene, el nuevo presidente electo el 27 de abril (o en segunda

vuelta el 18 de mayo) representará a menos de 50% del padrón electoral. El otro es la *anarquía existente en los partidos políticos tradicionales*. El PJ no puede resolver el conflicto central entre duhaldistas y menemistas, y otros conflictos generados por fuerzas peronistas provinciales, y no es capaz de elegir un candidato único (el duhaldismo ha optado recientemente por Néstor Kirchner, gobernador de la provincia patagónica de Santa Cruz). La UCR está inmersa en una crisis múltiple, que le impide hasta ahora elegir un candidato. El partido Argentinos para una República de Iguales (ARI), liderado por una ex-dirigente radical, Elisa Carrió, es incapaz de superar el «síndrome Frepaso». La nueva derecha, expresada en pequeñas formaciones políticas, no puede unificarse. La izquierda en sus diversas modalidades (socialistas, marxistas-leninistas, maoístas, trotskistas, etc.) está en condiciones de agitar el ambiente dentro de los nuevos movimientos sociales, pero carece de peso en la sociedad. Ningún candidato supera el 15-20% de intención de voto, dentro de los que dicen que van a votar. De modo que el *voltaje* de la crisis económico-social ha descendido, pero el de la crisis política ha aumentado. La pobreza y el desempleo darán continuidad a la movilización social del pueblo.

Las elecciones presidenciales sólo podrán dar lugar a una administración sólida si se constituye un gobierno de coalición y se emprende la tarea de reformar las instituciones políticas. Es lo que reclama la sociedad: por eso el reciente 16 de diciembre, cuando el nuevo presidente brasileño, Luiz Inácio «Lula» da Silva, visitó la Argentina, una encuesta de carácter interno realizada en Capital Federal y Gran Buenos Aires por la Jefatura de Gabinete del gobierno nacional, indicaba que 43% de los encuestados creía que la Argentina debía aprender políticamente del Brasil, y que en el país era necesario un partido estilo PT. Está claro que si no se reconstruye alguna centralidad política democrática con eje en el peronismo podemos desembocar en un cuadro de «vacío de poder», el escenario para una restauración autoritaria de derecha sin necesidad de golpe de Estado. La derecha política (que incluye al menemismo) entonces, como lo hizo Fujimori en Perú, haría la reforma política. Pero el país entraría en coma. Sería el resultado inevitable de la acción destructiva de las dos enfermedades que he comentado.

Buenos Aires, febrero de 2003



















